



**«Je n'ai jamais cherché que la Vérité;  
oui, j'ai compris l'humilité du coeur...»**

(No he buscado otra cosa (en mi vida) que la verdad;  
sí, yo he comprendido la humildad de corazón)

Queridos hijos de Schola Veritatis,

Estas palabras llenas de sentido fueron unas de las últimas que salieron de los labios de esta gran santa durante su agonía. En efecto, ella misma revela a su hermana Paulina, con una audacia casi infantil lo que ha sido el norte de su vida cuando dice que se “introdujo con maña en las intimidades del corazón de Dios”. Esto ya nos muestra la magnanimidad de Santa Teresa en su camino de infancia espiritual, de pequeñez. Ella que no tuvo límites en su búsqueda y unión con Dios —pues lo buscó hasta introducirse “con maña en las intimidades de su corazón”—, comprendió que lo grande está en hacerse pequeña como un niño. Bebió en el divino Corazón la verdad y Dios ha querido que fuera una luz para toda la Iglesia, al punto que el Papa Pío XI la ha llamado “la santa más grande de los tiempos modernos”.

La obra de Santa Teresita está llena de luz y de verdad. Sin embargo, ella misma afirma en Historia de un alma que Dios no la ha conducido por una vía de mucha erudición, prolijo estudio o alta formación, sino que incluso “no entiende lo que lee”, afirmando que “para alimento de su alma le basta la lectura reiterada del Evangelio”. Alguno de nosotros podría preguntarse, ¿qué tiene que ver la santita de Lisieux con nosotros, miembros de Schola Veritatis, llamados a dar testimonio de la verdad, que le damos un lugar central en nuestra vida al estudio? ¿Qué tiene que ver Santa Teresa con nosotros que estudiamos buscando comprender las causas de los problemas que hoy aquejan a la Iglesia y al mundo? ¿Es que acaso la divina Providencia nos la ha dado por patrona para conducirnos en nuestra vida íntima de piedad, aunque sin entrar, por cierto, en lo más profundo y formal de nuestra vocación? Nada más lejos de la verdad.

Permítanme en esta ocasión enumerar tan solo tres puntos mediante los cuales se demuestra que Santa Teresa del Niño Jesús puede constituirse en nuestra verdadera “madre” en este camino de búsqueda y testimonio de la verdad en sus dos órdenes, natural y sobrenatural:

1.- Su caminito: éste no tiene nada de nuevo, sino que es tan antiguo como el mismo Evangelio. Este camino no es sino la explicitación más perfecta, en su misma simplicidad, de la doctrina ortodoxa de la teología de la gracia, que es la única garantía de solidez en nuestra vida espiritual. La vida de Santa Teresa de Lisieux nos muestra la perfecta sinergia entre gracia y libertad, entre concurso divino – humano. Todas las miserias que a diario nos impugnan y tantas veces nos derrotan, encuentran su solución más rápida y sencilla en la vía del abajamiento, de la simplicidad, de la confianza inquebrantable, de la concentración de todo nuestro amor en Jesús. Ella nos dejó ejemplo abundante de la práctica más sencilla de renuncia y olvido de sí en la vida diaria. Recordemos aquella ocasión en que una hermana mayor en el recreo le dijo: “Hija mía, tu no debes tener nada de qué hablar con tus superiores.... porque tu alma es extremadamente sencilla”. Nosotros, tan heridos por la soberbia, hechos una verdadera maraña de complicaciones carnales tantas veces sin fundamento, si queremos emprender como ella una carrera de gigante, solo encontraremos la paz en este caminito. Si de lleno nos entregamos a él hoy, no mañana, Dios que nos precede y acompaña con su gracia, nos regalará muy pronto la paz estable del corazón.

2.- La doctrina de Santa Teresita nos muestra no solo el camino por el que tiene que ser redimido nuestro

afecto y nuestro arraigado orgullo, sino sobre todo, el camino que ha de realizar la inteligencia del hombre si desea sinceramente regresar a la verdad. Al igual que el hijo pródigo, el pensamiento del hombre moderno se ha “marchado a un lugar muy lejano”; no el que le correspondería estar según el plan de Dios. Se ha marchado en sentido contrario: del humilde abrirse al ser en todas sus dimensiones, a Cristo Rey en su soberanía social y personal, se ha autoafirmado como lo absoluto, como si fuese Dios, se ha vuelto contra el creador y ha acabado contra sí mismo, construyendo un mundo que es un retrato del suicidio íntimo del hombre actual: hermoso por fuera, pero por dentro, tantas veces, un verdadero infierno. El retorno, que podría ser sumamente complejo y tortuoso, sin embargo puede volverse sencillo y hasta dulce y gozoso si, bajo el imperio de la gracia, nuestra mente se anota y se rinde a Dios, si nos hacemos pequeñitos ante El para que El mismo le haga grande con su luz. La mente del hombre contemporáneo debe volver a la casa de su Padre. Esta conversión debe ser como la vuelta del hijo mayor de la parábola, no la del menor, cuyo problema es moral y es más fácil. Nunca olvidemos esta realidad fundamental que tanto hemos meditado, y es que detrás de todo el complejo proceso filosófico que hace años venimos estudiando, no se esconde sino esta única realidad: la soberbia del hombre moderno convertida en ideología, que siguiendo la tentación del diablo quiere afirmarse a sí mismo por sobre Dios y contra Dios, olvidando la pequeñez y humildad inherente a su condición de creatura. En este camino de conversión del entendimiento a la verdad, al ser bajo todas sus formas, es ejemplo también nuestra santa Patrona.

3.- Como tercer y último punto, me gustaría señalar que santa Teresita puede convertirse en nuestra verdadera Maestra y Madre en el camino del sufrimiento y de la oscuridad de las pruebas de nuestro camino espiritual. Los miembros de Schola Veritatis hemos recibido de Dios el don de profesar en esta hora de la historia un cuarto voto de “martirio” por la verdad. El martirio, como explica magistralmente nuestro Padre Santo Tomás, es el acto principal de la virtud de la fortaleza. Esta virtud resplandeció en esta santa –contrario a lo que muchos creen- de un modo admirable. Pío XI afirmaba que una multitud de devotos superficiales han hecho insulsa su espiritualidad, siendo que por el contrario es un alma viril, un alma grande en todo sentido, en sentido evangélico. Su fisonomía espiritual revela un extraordinario vigor, y ella misma afirma que desde la noche de Navidad, en que Dios la revistió de su fortaleza divina,

no fue vencida en ningún combate. Este divino coraje se manifiesta sobre todo en la hora de la cruz: un sufrimiento implacable se dejó caer sobre su cuerpo, conduciéndolo lentamente hacia la destrucción, al mismo tiempo que, a los ojos de su alma, el cielo se cubría como bajo un muro de bronce. Ella, que deseaba la muerte sin consuelo de Cristo en la Cruz, fue plenamente escuchada. Y aun en aquellos momentos exclamaba heroicamente: “No quisiera sufrir menos... solo cuenta el amor”. Ella será también quien nos dé la fuerza para perseverar firmes en la fe en la oscura y difícil hora del testimonio, la hora del martirio, pues hemos de tener por cierto que si Dios nos ha inspirado la formulación de este voto, es que ya tiene dispuesto en su Providencia la ocasión en que hemos de practicarlo.

“Siempre he buscado la verdad”. Con frecuencia hemos leído esta frase—y con justa razón— diciendo que santa Teresita ha amado la verdad de su misma pequeñez, en la humildad de corazón. Pero quizás no sería del todo errado pensar que en ello se esconde mucho más. La simplicidad de santa Teresita no es la sencillez o la ingenuidad del que no entiende nada o casi nada de la cosas, sino que es la simplicidad del que llega a entender mucho más que todos, pero visto desde Dios. Esta simplicidad es manifestación de plenitud. La suya es una mirada enteramente purificada por la luz de Dios, y como tal comprende en perfección quién es Dios y qué es el hombre. Comprende cómo, por tanto, debiera conducirse la historia humana según el plan divino para alcanzar la verdadera paz y felicidad que es el principal anhelo de los pueblos. Su revelación particularmente conmovedora del amor del Corazón de Jesús entronca así con el mismo deseo manifestado por el divino Corazón en otras ocasiones, de que el conocimiento de su misericordia venga a ser como la última tabla de salvación arrojada a un mundo que padece, como nunca antes en la historia, densas tinieblas y sombras de muerte.

Terminemos con estas palabras recogidas en el proceso de su canonización: “La doctrina de Teresa es una misericordia que completa la de las revelaciones del Sagrado Corazón. Teresa es el ángel que viene a consolar al mundo frío y envejecido”.  
Amén.

**DOMINARE NOSTRI TU ET FILIUS**